
El Tío Beto Sheffey y su Vellón



Anna Talbott McPherson

El Tío Beto bajaba trotando la vereda montañosa de Virginia. Su corazón rebosaba con la gracia de Dios. Había viajado una gran distancia sobre su fiel caballo, pero ahora sentía fuertemente la necesidad de alimento. Pasó frente a unas cabañas; pero, a causa de su predicación contra las destilerías clandestinas y el tráfico de licor, no todas las puertas se le abrían en bienvenida.

Finalmente, el Tío Beto se apeó de su caballo, caminó hasta una esquina del cerco, tendió un vellón, y se arrodilló. Siempre llevaba consigo la piel de oveja para ese fin.

“Oh, Señor,” oró, “Tú ves cuánta hambre tengo; pero soy un desconocido aquí. Por favor, llévame a algún lugar donde pueda encontrar una buena comida.”

Después de su sencilla oración, el hombre de Dios montó nuevamente su bestia y continuó bajando por la vereda.

Llegando a una humilde cabaña de trozas, se detuvo, amarró al caballo al portón y se condujo por la senda que le llevaba a la puerta de entrada. No tenía idea quién vivía allí. Para su sorpresa, una mujer de raza negra se asomó para verlo. Por la bienvenida que recibió, se dio cuenta que se había detenido donde le convenía.

“Pase adelante, Hermano Sheffey,” exclamó. “El buen Señor me dijo que usted vendría a almorzar, y yo le maté un pollo.”

El incidente era característico de la fe sencilla de este hombre en su Dios, que nunca lo desamparó.

Roberto S. Sheffey era ministro justo al estilo de los metodistas de Juan Wesley. Era predicador itinerante cuyo ministerio alcanzaba 14 condados de los estados de Virginia y Virginia del Occidente en los Estados Unidos. Él viajó muchos miles de millas – no por caminos transitados, sino por trochas y veredas – todo por anunciarles a los hombres el poder de Cristo para redimir del pecado.

Su peregrinar le llevó a la cumbre de las montañas, a los valles, por barrancos y hondonadas, a través de ríos y dentro de espesos bosques. Llevaba el mensaje de la gracia redentora a pesar del agobiante calor del verano, así como del crudo frío del invierno. A cualquier rincón, por aislado que fuera, donde el hombre hubiera encontrado sitio para construir una cabaña, llegaba el mensajero itinerante.

Las batallas de Sheffey contra la naturaleza solo aumentaban su fe. Un día, después de copiosas lluvias, volvió de su recorrido a su hogar en Staffordsville, Virginia, a tiempo para ver que el riachuelo abajo de su casa se había vuelto un torrente amenazador. Un grupo de vecinos que se había juntado para ver los furiosos torbellinos de agua, le gritaron advertencias al siervo del Señor. Sheffey avanzó hasta la orilla del agua, y sin titubear por un solo momento, echó al caballo a las fauces mismas de la muerte. Después de haber llegado a la otra ribera sin incidente, tendió su vellón sobre la tierra, y se hincó a orar.

Al tomar nuevamente la vereda, alguien le gritó, “Tío Beto, ¿por qué no oraste antes de pasar el río?”

“¿Orar ante?” preguntó el Tío Beto. “No hay virtud en una oración de miedo.”

Sheffey prácticamente se pasaba la vida sobre el caballo. A veces, a su regreso de una conferencia, llegaba hasta la casa; y sin bajarse, llamaba a su esposa. Entonces, platicaban como jóvenes locamente enamorados. Repentinamente, él se tornaba inquieto.

“Me tengo que apresurar, Elia; tengo que llegar a tiempo al siguiente servicio”.

El Tío Beto tenía la costumbre de escribir cortos pasajes de la Biblia o de himnos sobre las paredes de las cabañas donde pasaba las noches. Un día mientras cabalgaba por un camino rural, llegó a una gran roca plana en forma de tablón. *Qué excelente lugar para exhibir algún texto de la Escritura que despierte a alguien*, pensó. Bajándose escribió en letras grandes y muy legibles, “¿Qué debo hacer para ser salvo?” y continuó su camino.

Uno o dos días después, un vendedor de medicinas pasó por ese camino y leyó la inscripción sobre la roca. Se le ocurrió una idea. *¿Por qué no usar esa curiosa leyenda para promover sus propios intereses?* De manera que, abajo de la pregunta del Tío Beto, escribió, “Tome el Calmante de Hite”.

Pero allí no terminó el incidente. El Tío Beto volvió nuevamente por el camino un tiempo después. Para no dejarse ganar por un bromista, añadió en letras más grandes que todas, “Y prepárate para el encuentro con tu Dios”. A partir de entonces, el vendedor dejó la roca exclusivamente para el uso del Tío Beto.

Con frecuencia el ministro pasaba de 3 a 4 horas a la vez ante Dios. Mientras caminaba o mientras permanecía sentado, platicaba con Dios como con un amigo que estuviera a su lado. Sus oraciones hacían que ocurrieran las cosas. Quizá le hicieron más daño al tráfico de licor clandestino en su área que cualquier otra fuerza.

Un día él y un compañero ministro viajaban por el filo de unas montañas. Uno de ellos notó un espiral de humo que subía al cielo desde la hondonada. “Ha de ser una destilería”, dijo el Tío Beto.

De inmediato se puso de rodillas. “Oh, Dios,” oró en voz alta, “envía un poderoso torrente de lluvia que lave esa hondonada y destruya la destilería.”

No había la más mínima evidencia de nubes cuando los dos hombres montaron de nuevo sus caballos, pero el Tío Beto estaba confiado. “No pasará mucho tiempo,” repetía “no mucho tiempo.”

En el término de una hora, un poderoso diluvio descendió sobre la montaña, barriendo con todo lo que había en la hondonada, de extremo a extremo llevándose la destilería completa.

En otra ocasión la madre de una familia con quienes se había hospedado le pidió al Tío Beto que orara que fuera quitada una destilería que era un gran mal en esa comunidad. El Tío Beto se puso en oración,

“Oh, Señor,” rogó, “destruye este mal, y si es necesario, envía fuego del cielo para quemarlo.”

Esa misma noche un viejo árbol cerca de la destilería se incendió, cayó sobre la construcción, y la destruyó toda.

“Las oraciones del Tío Beto hicieron caer ese fuego,” decían los vecinos. Y ¿quién lo podía negar?

Otra destilería ilegal estaba localizada al pie de una fuerte pendiente. Aunque no había ningún árbol alrededor, el Tío Beto le pidió a Dios que mandara un árbol que le cayera encima para deshacerla.

“Ah, esa oración del Tío no se la va a contestar Dios,” se mofaba la gente meneando la cabeza.

Pero llegó una tormenta, y en medio de la tormenta se derribó un enorme árbol que crecía arriba en la montaña. Cayó con todo y sus raíces. Dando tumbos se vino rodando por toda la cuesta y se lanzó directamente contra la destilería, haciéndola añicos.

De nuevo el Tío Beto pidió que otra destilería se hundiera en la tierra y desapareciera. A la mañana siguiente, increíblemente, la destilería había desaparecido. De hecho, se había hundido en la tierra, dejando un sitio vacante claramente visible desde la carretera.

No sólo las destilerías eran motivo de preocupación en las oraciones del Tío Beto. Él se dirigía al Señor por cualquier asunto. Él y muchos pobladores más de esas tierras, por muchos años, habían cruzado el río Wolf Creek por el único vado que existía en muchas millas en ambas direcciones – un vado que era en extremo peligroso por la arena movediza que lo llenaba. A la gente le daba pavor el cruce, pero no había otra salida. El Tío Beto decidió orar respecto al asunto. Lo hizo una noche en presencia de una gran concurrencia en la Iglesia Metodista de Rocky Gap.

“Oh Señor,” comenzó, “envía una corriente de agua que llene este vado tan peligroso con arena tan firme que el casco de una vaca no le haga mella.”

Está por demás decir que precisamente eso ocurrió, y todo el peligro desapareció del vado desde entonces.

El Tío Beto pedía lluvia en tiempo de sequía, y la lluvia descendía. Oraba de tal manera que las plagas de gusanos desaparecían de las siembras de papas. Oraba por los enfermos y ellos sanaban. Asimismo, oraba que los recién reconciliados se fueran rapidito al cielo “mientras estaban confesos”. Cuando enfrentaba dificultades en sus campañas evangelísticas, pedía que el Señor agarrara al diablo del cuello y tratara con él como se lo merecía. Había gente que decía que por nada en el mundo quisieran que el Tío Beto orara en su contra.

El Tío Beto oraba en todo hogar que visitaba. Aún cantaba y oraba por teléfono. Oraba por sus amigos; oraba por sus enemigos, aunque nunca cedió por ello en su firmeza en contra del pecado.

Una noche cuando 3 o 4 patanes, bajo la influencia del aguardiente, interrumpían el servicio de predicación, el Tío Beto los reprendió con firmeza. Los muchachos callaron, pero los ojos les ardían de furia.

Terminado el servicio, se apostaron fuera de la puerta esperando la salida del Tío. Unos lo golpearon con garrotes y otros lo apalearon con crueldad. Los culpables fueron capturados, y se fijó el día en que comparecerían ante el juez. El Tío Beto fue nombrado testigo por la comunidad. Pero cuando se reunió la corte, no apareció el Tío Beto. Hasta que por ley se le obligó a asistir, se presentó, pero procuró no tener que atestiguar en contra de los muchachos.

Cuando al fin los culpables fueron condenados, el Tío Beto oró por ellos con lágrimas. “No los castiguen,” imploraba a la corte. “No sabían lo que hacían. Yo los he perdonado. Le pido al Señor que los perdone. ¿No los perdonarán ustedes?” De esta manera la ternura del corazón del Tío Beto se derramaba sobre los pecadores.

Su ternura también alcanzaba para las necesidades físicas de los hombres más pobres. Era un día amargamente frío cuando, al realizar su jornada, se encontró con otro viajero que no tenía calcetines. Sin dudar por un solo momento, el Tío Beto se quitó los calcetines y se los dio al hombre. Siguió su camino hasta no poder más detenerse a calentarse los pies. Al tocar la puerta de la primera cabaña que encontró, se le abrió de inmediato. La señora le dio la bienvenida a su hogar exclamando, “¡Ay, Hermano Sheffey! Usted es justo el hombre que necesitaba ver. He tejido un par de calcetines para usted, y me parece que mucho los necesita ahora mismo. Tómelos y póngaselos.” De esta manera el Señor proveía para las necesidades de su consagrado siervo.

En otra oración, el predicador itinerante se detuvo en el camino para anunciarle a un hombre que pronto iba a iniciar una campaña evangelística en una iglesia cercana. Cuando lo invitó a asistir, el hombre le respondió, “Llegaré si logro conseguir un pantalón lo suficientemente decente como para llevarlo puesto a la iglesia.”

El Tío Beto inmediatamente abrió su alforja, sacó un pantalón y se lo dio. “Tome”, le dijo, “lo espero a la noche.”

Una vez el Tío Beto regaló su caballo. Era un día caluroso de verano, cuando por el camino se encontró con un carretón muy cargado, tirado por caballos, que iba camino a Carolina del Norte. Uno de los dos caballos cayó muerto por el excesivo calor. El dueño y su familia se angustiaron desmedidamente. “No se aflijan,” les consoló el Tío Beto. “Suelten las riendas del caballo muerto, háganlo a un lado, y enganchen el mío en su lugar.”

“Oh, pero ¿cómo se lo podría devolver?” protestó el hombre.

No hay necesidad de devolverlo,” le aseguró el Tío Beto; “le estoy haciendo un regalo de este caballo. Mi buen Dios pronto me proveerá de otro.”

No cabiendo en sí de contentos, la familia prosiguió su viaje, y el Tío Beto se presentó al edificio municipal de Bland County con la montura y las riendas auestas.

“¿Por qué vienes a pie, Tío?” le preguntaron un par de agricultores prósperos que estaban sentados en un corredor cerca del camino.

“Regalé mi caballo,” confesó. Y les relató la historia.

“Hagamos un trato,” le propuso uno de los hombres. “¿Ves esa manada de potros salvajes que acaba de llegar al municipio? Esta tarde los pondrán a subasta pública. Vamos a comprar el mejor potro de la manada y te lo vamos a regalar.”

Y así fue; cumplieron su palabra. Después que el potro fue pagado, uno de los hombres le hizo la oferta, “Ahora voy a buscar al mejor entrenador para que lo amanse, porque nadie jamás lo habrá montado.”

“No, no habrá necesidad. Sólo tráiganme al potro.” Al acercársele el caballo, el Tío Beto puso suavemente sus manos sobre el lomo del animal y oró. Luego, después de ensillarlo y de ponerle las riendas y el freno, se montó y siguió su camino – sin el menor problema.

El Tío Beto le tenía un afecto muy tierno a las bestias que cabalgaba en sus misiones evangelísticas. Dondequiera que se hospedara en el transcurso de sus viajes, su primera preocupación era que se hicieran arreglos adecuados para el buen cuidado de su caballo.

En sus propias palabras, él creía la Biblia “de pasta a pasta” y se esforzaba por predicarle al mayor número de personas posible, fueran humildes o poderosos. Él conmovía a la gente, y se llenaba el altar con penitentes que lloraban por sus pecados, con el resultado de que hubo conversiones por veintenas. Eran cientos sus convertidos, quizá hasta miles.

Era un predicador realista que no consentía el pecado en ninguna forma, ni a las personas que se deleitaban en él. Muchas veces, al presentarse a la iglesia, la congregación lo hallaba postrado en la plataforma, pidiéndole a su Padre Celestial su bendición sobre el servicio.

Su actitud humilde le ganaba la entrada a todos los hogares respetables del área. Nunca se despidió de una familia sin dejar allí bendición del cielo.

¿Cuál era su secreto? Quizá se pueda simbolizar mejor con un desteñido vellón; pues sobre él, este hombre santo de Dios pasó muchas horas preciosas arrodillado en oración.

En la oración estaba el secreto de su poder con Dios.

- Traducido de *The Gospel for the Youth*